tamos hacia Portugal, donde nos reclama una arriesgadísima y difícil empresa. Y con paso acelerado se encaminaron al parador, en que Bartola pidió y pagó la costa de la posada, y de donde se encaminó con D. Quijote á la estación del ferro-carril, ayudado de un mozo que condujo y facturó el equipaje y la lanza.

Conforme iban andando, dejando las calles iluminadas de la ciudad del Pilar y sus gentíos y ruidosas fiestas, Tragaldabas procuraba inquirir de mil maneras lo que había pasado en aquella entrevista de su amo y Dulcinea; pero aquél seguía encerrado en la más profunda pena y reserva.

Ya cerca de la estación, D. Quijote dió otro largo suspiro. ¡Ahí queda, dijo á su escudero, la retina de mis ojos, el faro de mis navegaciones, la estrella polar de mi cielo, y el Norte fijo de mi brújula! ¡Por ella voy á acometer las más increibles cosas, de que ya hablará la Historia en su día! ¡La suerte nos favorezca y Dios nos guíe!

Pero en fin, Señor, volvió á insistir Bartola ¿aclaró Usía aquello de la maternidad y del cabrito? Dígamelo, por los clavos de Cristo; que yo también deseo quedar tranquilo de todo recelo de antropofagia.

¡Ay, Bartola! respondió D. Quijote, en cuidado me lo tengo; pero sobre ese punto y sin aclararte nada de lo demás, sólo puedo asegurarte una cosa, mal que nos pese, y es que, sin duda alguna, nos hemos comido al hijo de Dulcinea!

UANL BIBLIOTECA CENTRAL MONTERREY

CAPITULO X

Del viaje de D. Quijote á Portugal.

¿Iremos en el Dragón? exclamó D. Quijote al ver el tren que, con humeante locomotora y larga ristra de vagones resoplaba y se estremecía, próximo á arrancar.

En el tren, dijo Tragaldabas, y ya he tomado dos billetes de tercera; porque no estamos para despilfarros.

Subieron, pues, al dragón, muy sorprendido D. Quijote de que en el estómago de aquel mónstruo hubiera también asientos de primera, de segunda y de tercera.

Por fortuna, el departamento aquel iba vacío; pero no dejó de sentir el caballero la dureza de aquellos bancos de madera, que él creía huesos, articulaciones ó vértebras de la cola del hipógrifo.

La noche pasó en frialdad y lobreguez; pero el caballero no quiso empeñar nueva batalla con aquellas legiones infernales que formaban, al huir en montón rápidamente, las nubes de arriba y las sombras de abajo, los postes del telégrafo y las trincheras de la vía, las luces de las estaciones y las masas de los pueblecillos, los bosques de encinares y las abruptas montañas. Nó: ya conocían todos ellos su valor y el esfuerzo de su brazo, cuando la otra vez les acometió á tajos y mandobles. Además no le atacaban, como antes, sino que huían, enterados sin duda de que él iba allí; y en fin, él no debía entretenerse en estas escaramuzas, teniendo prisa de realizar otras empresas superiores.

Zarandeados por los movimientos del mónstruo, acabaron por dormirse amo y servidor, y allá despertaron, cuando la mañana de azules ojos y rosada tez abría, con permiso de la primavera, los cálices de las flores.

Habían atravesado medio Aragón, un rincon-

cillo de Castilla la Vieja, y otra mitad de Castilla la Nueva, así en un sueño. ¡Milagros del hipógrifo! Sólo se detuvieron en la estación del Mediodía de la villa del Madroño, para proseguir el viaje á Ciudad Real, campamento de D. Gil; la Villa real fundada por Alfonso el Sabio; la émula en sus albores, de la feudalísima Calatrava.

Allá dejaron á la derecha la almenada Toledo, con sus inmóviles reyes de granito á la subida, representando las series de sus monarcas visigodos. Atravesaron los célebres montes, donde aún parecían bullir los colmeneros y ballesteros y los golfines de la Xara; pasaron el Guadiana, ese duende de los ríos, que erróneamente se creía jugaba al escondite, apareciendo y ocultándose; y vislumbraron aquellos campos de Montiel, teatro de las antiguas hazañas de D. Quijote.

Esa es nuestra Mancha, dijo éste á Tragaldabas; esos los campanarios de sus distantes villorrios; esa su estepa y esos sus molinos de viento, que me atribuyeron haber yo creído gigantes. Atrás quedan el Toboso y Argamasilla, pueblo en que nací y resucité; y dígote, en verdad, que no puedo mirar todo ese pedazo de tierra árida sin emoción. Será un desierto; pero de los desiertos han salido los precursores y los Bautistas; en ellos se formaron los Santos y los Profetas, y nacieron ó se acrisolaron las Religiones. Por eso salí yo de un desierto, á mantener y renovar la orden de Caballería; que es á la vez religión y profecía, bautismo y redención del mundo. Y el caballero animábase y aun exaltábase con estas ideas, creyendo como todos á su patria centro del Universo.

Volando, volando, iban ya cerca de Almadén, cuando de pronto sintieron que los vagones saltaban, como si el mónstruo de vapor sacudiera sus vértebras; y, sin tener tiempo los viajeros de decir ¡ay! sobrevino un descarrilamiento espantoso. La locomotora se había salido de la vía y rodado por un terraplén; los vagones arrastrados cayeron unos encima de otros hechos astillas; la caldera del vapor estalló con terrible estruendo. No se sabe cómo D. Quijote y su

escudero se encontraron ilesos fuera de su coche, con sólo chichones insignificantes; mientras los ayes de los heridos y de los sepultados entre los montones de maderas rotas, salían tristemente de aquel hacinamiento.

Ya me imaginaba yo, exclamó D. Quijote, que este mónstruo no estaría tan domesticado que no tratase de digerirnos, llevándonos en su estómago; y ya noté en los movimientos bruscos de sus paredes abdominales que íbamos á ser destruídos. Por suerte pude darle un golpe en el nudo vital, y ahí le tienes tendido y sin vida. Pero acudamos á socorrer á los magullados y maltrechos, que no me dió tiempo á salvar á todos de la voracidad de este dragón. Y en aquel punto mismo D. Quijote y Bartola pusiéronse, con algunos viajeros también ilesos, á auxiliar á los heridos y moribundos.

De Almadén llegaron socorros, y algunas brigadas de mineros que estaban en huelga acudieron generosamente á trabajar en el salvamento, ora separando montones de astillas, ruedas rotas y hierros torcidos; ora levantando vagones volcados; ora extrayendo cuerpos muertos, miembros mutilados y viajeros heridos, que eran trasportados en camillas.

Entre los viajeros salvados por D. Quijote de una muerte cierta, pues estaba bajo uno de los coches, en un hueco que formaban las astillas y próximo á ser aplastado, había cierto caballero portugués llamado Oliveira, el cual se deshizo en muestras de gratitud á su salvador, abrazándole y besándole las manos; pero, cuando le preguntó su nombre y su patria, para guardarle reconocida memoria y él dijo que se llamaba D. Quijote y que su tierra natal era la Mancha y que iba como caballero andante desfaciendo agravios y enderezando entuertos, Oliveira pensó que aquel salvador suyo no se había salvado á su vez de algún fuerte golpe en el cráneo, que, repercutiéndole en los sesos, le había trastornado el juicio.

Oyó luego á Bartola asegurar que, en efecto, él como escudero de D. Quijote y á su servicio le acompañaba en sus aventuras, y que se di-

rigían á la sazón á Portugal para conquistarlo; con lo que el asombro de Oliveira creció de punto, viendo á otro loco, cuya locura concordaba con la del primero.

Pero como no hay locuras que concierten, ó al menos no se han visto nunca, por ser esta harmonía propia de la razón que tiene sus leyes discursivas y no del insano juicio, que descarría sin orden ninguno, pensó Oliveira que algún misterio guardaban aquellos dos extraños personajes y determinó de no abandonarles; ya que él era, además de miembro del Parlamento portugués y candidato para Ministro, hombre muy dado á las ciencias y las letras. Agregóse, pues, á D. Quijote y Bartola, y todos tres se dirigieron al pueblo andando, por no haber allí vehículo, ni carretera, ni camino practicable.

¿Te parece, dijo D. Quijote á su escudero, pasando ante la locomotora, que corte yo esa volcada cabeza del mónstruo que aun humea y que la lleves tú á cuestas, para presentársela á Dulcinea del Toboso?

Lo creo innecesario, respondió Tragaldabas; porque mi señora Dulcinea sabe ya sobradamente el valor y la temeridad de Usía, y no há menester nuevas pruebas; y en cuanto á mí, no sé si podría llevar á cuestas esa cabeza, que debe pesar mil toneladas.

¿Pero es que cree vuesa merced que este es un mónstruo y no un tren correo? preguntó Oliveira á D. Quijote.

Un mónstruo y de los más temibles, respondió él: tanto que aquel hipógrifo de Rugiero que le llevó á la isla de Alcina, se queda á su lado hecho una lagartija insignificante. Reparad esa cabeza de que hablo, que aun lanza resoplidos; esos huesos y esa rota columna vertebral, y decidme si eso no es un dragón de los más colosales. Por mí no ha devorado á todos cuantos en su vientre llevaba, y es que en el punto en que noté que nos digería, le acerté con un golpe en la nuca y quedó muerto instantáneamente.

El caballero portugués, que no era finchado ni fanfarrón, como suelen pintarles, quedó atónito de la extraña locura de su salvador y del

buen Tragaldabas, y preguntó á aquél si era cierto que se dirigía á Portugal y con qué fines.

A Portugal voy, respondió D. Quijote; mas no á conquistarlo por las armas, como dijo mi escudero erróneamente; tanto que dejé mi caballo Babieca en Zaragoza, donde por cierto tuvo mal fin, y mi lanza y espada ahí quedan perdidas é imposibles de encontrar, entre las humeantes entrañas y palpitantes miembros de ese mónstruo difunto. Ya las recobraré después; que Urganda me las colgará de un ramo de un árbol, sin que nadie sino yo pueda verlas, como hizo con la espada de D. Galaor; pero ahora no las hé menester, porque no quiero se sospeche que voy por la fuerza á unir dos reinos, que sólo deban ayuntarse por amor y fraternidad.

¿Ignoráis por ventura, dijo Oliveira, nuestras antiguas querellas?

¡Riñas de hermanos, respondió el caballero, que deben ser olvidadas! Yo no me acuerdo ni quiero acordarme de esas discordias; sólo tengo presente nuestros vínculos. Una misma ibera sangre llevamos en nuestras venas; griegos, latinos, visigodos y árabes, por igual nos trajeron vida y espíritu; vuestra lengua nos suena como las Cantigas del Rey Sabio; católicos en religión somos todos; unidos vencimos á la morisma en las Navas y el Salado; entre todos rodeamos el mundo con expediciones y bajeles; vosotros descubrísteis el Africa y nosotros las Américas; vosotros saludásteis al Pacífico por el Cabo de las Tormentas y nosotros por el Golfo de San Miguel, y una misma porción de tierra nos sostiene desde los Pirineos á los mares, y en esa misma florida cuna nos mecimos.

Miraba Oliveira á D. Quijote, asombrado de su exaltación, pero hallando que no era tan insensato como creyó al principio, limitóse á decir que había obstáculos insuperables que impedían la unión de los dos reinos.

¿Obstáculos? replicó el caballero. De raza nó, ni de nobleza, ni del genio, ni de lengua, ni de hazañas; tampoco realmente de historia, y menos de naturales barreras que los aparten. ¿Qué cordilleras los separan? ¿Qué mares los distancian? ¿Qué río caudaloso los divide? Riachue-

los ignorados, que salta un pastorcillo, hay entre ellos; iguales montes y aguas amorosos les abrazan, y hasta el Tajo, que es la arteria descendente de Castilla, busca el corazón de Portugal, para aportarle su sangre hidalga y valerosa.

¡Razón tenéis! exclamó Oliveira estrechando la mano de D. Quijote. ¡Hermanos somos y sólo viles recelos nos desunen! Y esto diciendo, casi se sintió contaminado con la locura de aquel visionario, que llegaba con sus delirios á alcanzar las más altas y nobles ideas.

En tal conversación pasaron sin sentir el camino, que sólo se hizo pesado y triste para Tragaldabas; quien, conforme los oía en silencio, iba pensando que nada ganaría él con la unión de Portugal y España, por amor y fraternidad, como no fuese que le hicieren cacique de alguna de las provincias portuguesas, del distrito del alto Duero, por ejemplo, que era uno de los más ricos, en que podía garbear mejor que en su alcaldía de la Mancha.

Señor, se atrevió al fin á decir á D. Quijote; si se realiza esa unión, ¿podré yo contar á lo menos con el gobierno de alguna parte de ese territorio, en que haya buenos olivares y viñedos y en que pueda cobrar buen sueldo y adealas?

En ese nó, respondió D. Quijote secamente; que bien me acuerdo me dijo el Príncipe, hablándome de las Cortes de Tomar, en que Portugal juró al Rey D. Felipe II, que por aquello de *tomar* se había producido la separación y pérdida de esa región, hermana nuestra.

No hay que tomar nada, en grande ni en pequeño, á un hermano consanguíneo; sino ayudarle y darle de lo nuestro cuanto haya menester. Es el afecto y el corazón los que hemos de ganarle; no la corona, ni los territorios, ni los bienes, por violencia, botín ni merodeo. Ya viste cómo yo dejé allá mis armas, para entrar en ese Reino; bueno será que dejes tú también tus tragaderas.

Contristóse más Bartola, y como Oliveira se enterase de que D. Quijote había prometido á su escudero un Reino ó imperio, ganado por la conquista, y comprendiera que éste no los deseaba para gobernarlos en justicia, sino en su personal provecho, dijo á D. Quijote que bien podía dar á su servidor alguno de esos reinos de la India, hoy necesitados de hábiles gobernantes, en que sucede que por la mucha población y el poco grano se mueren las gentes de hambre y se ven los pueblos y las aldeas llenos de esqueletos humanos, sin fuerzas siquiera para moverse, hacinándose como cadáveres salidos de los sepulcros.

En uno de estos tales reinos, añadió Oliveira, podría ejercitar vuestro escudero sus dotes de gobernante, acorriendo á tantas miserables tribus y dando todo género de buenas disposiciones para mitigar esas calamidades, incluso quitarse el alimento de su mesa y ponerse á cuarto de ración.

¡De esos reinos no quiero yo! dijo Tragaldabas; que para ese viaje no necesito de alforjas, y bien me estaba en la Alcaldía de mi pueblo, donde no hay semejantes plagas.

Pero D. Quijote pensó que ningún reino era mejor que uno de esos para Bartola, si es que estaba contrito y arrepentido de sus antiguas maneras de administrar, y sólo deseaba ocasiones de derramar beneficios sobre sus súbditos; así que *in péctore* determinó de proporcionarle uno de esos Estados, luego que él acabara sus tres difíciles empresas.

Al pasar por las minas de Almadén, vió Don Quijote las turbas de trabajadores declarados en huelga, cadavéricos, extenuados, cubiertos de un polvo encarnado que daba á sus figuras el aspecto de los Pieles rojas.

Esos son mineros, dijo Oliveira, que reclaman aumento de jornal. Muchos de ellos mueren azogados, y su trabajo es muy fatigoso, en los antros de esos subterráneos profundos. Según oí, también están en huelga los que trabajan en las minas de carbón, y han venido algunos batallones de tropa para reprimirles.

¿Reprimirles, porque piden más jornal para vivir, ó porque mueren de hambre y enfermedades? preguntó D. Quijote. Ese sí que es otro agravio, que yo no puedo consentir, y he de es-

torbar que esas huestes armadas lleven á término tal desaguisado.

Oliveira se afirmó más en la creencia de que su acompañante era un loco de veras: pues quería él solo detener á las fuerzas del ejército y proteger á los huelguistas.

Pero ¿y la tasa de los jornales? dijo D. Quijote, ¿Y las leyes que la establecen para que cada cual tenga el producto de su trabajo? ¿Y los gremios que amparan desde el capataz al último aprendiz, en sus derechos y en sus necesidades?

Todo eso está abolido, replicó Oliveira, y se conoce que vuesa merced no vive en este mundo. Ahora no hay gremios, ni tasas, ni leyes suntuarias, sino libertad, mucha libertad, para que el rico acumule riquezas como quiera, y el pobre abandonado muera sin auxilio. El jornal es precio que resulta de una lucha, de un tira y afloja del que ofrece sus brazos y del que les utiliza, y como éste puede esperar y aquél nó; como éste aguarda con la mesa puesta y aquél sin pan en su casa; y como los que ofrecen así son muchos y los que les demandan menos y mejor aprovisionados, los obreros han tenido que asociarse para defender su pan, y de aquí las huelgas para imponerse y los llamados conflictos sociales.

Esto es nuevo para mí, exclamó D. Quijote; pero mi oficio me obliga á ponerme del lado de los menesterosos. Y avanzando hacia uno de los grupos de obreros, les dijo:

Yo soy el noble y esforzado caballero D. Quijote de la Mancha, y enterado de vuestras cuitas vengo á ponerme de vuestra parte. Ahora voy en derechura á Portugal, y después á las Américas. Avisadme, donde quiera que esté, si llegan esas legiones de soldados que dicen son enviadas contra vosotros, é incontinenti volveré en vuestro auxilio á defenderos y á poner en vergonzosa fuga á los que atentasen á vuestros derechos. Pero al oir estas palabras los del grupo, comenzaron con burlas y luego con silbidos y pedradas, tales, que alcanzó una al caballero en el brazo izquierdo, dejándoselo contuso.

Recordó D. Quijote aquella frase suya de antaño, cuando el suceso de los galeotes y se volvió encolerizado donde estaban Oliveira y Bartola, presenciando de lejos la singular escena.

Os han creído un burgués, dijo Oliveira; y como D. Quijote no entendiera esta palabra, le explicó su significado y el odio de clases que entrañaba.

No piden pan solo, exclamó el portugués; que en esto de defender su derecho á la vida y al fruto de su trabajo, les asiste la razón. Piden también el poder, la gobernación del Estado, la facultad de hacer las leyes, el abatimiento de la burguesía y la entronización de ellos solos. Para todo eso se juzgan capacitados.

¡Recibiendo á pedradas á los caballeros andantes! exclamó D. Quijote; ¡medrado estaría el mundo!

Acababan de entrar en Almadén y allí reposaron un poco, mientras en un nuevo tren de empalme preparábanse á tomar el camino hacia Extremadura. Así lo hicieron, volviendo D. Quijote animoso y prevenido á montar en el otro dragón; y allá dejaron las cuencas mineras con sus agitaciones, y pasando por largos túneles las sierras Morena y del Pedroso, en cuyas abruptas montañas espaciaba sus ojos el caballero, singularmente en las de la primera, buscando la sombra de Cardenio, entraron al fin por el antiguo país de los turdetanos, de inmensas llanuras y de pueblos históricos, donde saludaron las moles del castillo de Magacela, el condado de Medellín y las famosas ruinas de Mérida, sobre las cuales parecía vagar, coronado de laurel, el poeta Detiano, y con la palma del martirio la virgen Eulalia.

No se detuvieron hasta Badajoz, y, siguiendo el curso del Guadiana, vislumbraron los restos del monasterio de Cauliana, donde D. Rodrigo vencido y destronado se ocultó hasta buscar su tumba en Pedermeira, y fueron dejando atrás Garrovilla, Montijo, Lobon y Talavera; no queriendo Oliveira recordar sobre aquellos lugares las batallas y las querellas de españoles y portugueses, de que fueron mudos testigos.

Así llegaron á la «Civitas Pacis» de los roma-

nos, y en su viejo nombre creyó el caballero oir una voz que desde el fondo de los siglos imponía la unión y la concordia á los dos Reinos limítrofes.

CAPITULO XI

De la entrada de D. Quijote en Portugal, y de cómo fué llamado en auxilio de la Princesa Beatriz.

Tras una noche de descanso, volvieron á tomar el tren para dirigirse á Lisboa, abandonando la amurallada y guerrera Badajoz; mal avenida con sus pacíficos nombres latinos. Y, yendo un poco distraído el caballero, entraron sin notarlo en Portugal, que á él le pareció ser por aquella parte continuación natural de Extremadura, y no un reino diferente.

¡Este es Portugal! dijo Oliveira orgulloso. Y cielo y suelo parecían exclamar á la vez, con sus colores y sonrisas y la elocuencia de sus campiñas y de su sol: Sí, Portugal... ¡otro pedazo de la Iberia!

Por todas partes brillaban campos y sierras, con el mismo esplendor que los de España. Las cordilleras de ésta penetraban allí, como en un mismo solar geológico; y los ríos nacidos en nuestras fuentes, menos rencorosos que los hombres, entraban y discurrían por aquel reino como suyo, y fraternizaban con las corrientes de sus aguas, y juntas iban todas al mar, sin distinción de españolas y portuguesas; como hijas de una madre común, para llamarse iberas únicamente al desembocar en el Océano.

El más elocuente y más fraternal de aquellos ríos era el Tajo, arteria común de ambos reinos; por cuyas márgenes encantadas siguieron los viajeros hasta Lisboa, aspirando en Cintra las auras de Aranjuez y oyendo por doquiera en sus ondas la profecía de Fray Luis de León.

En Lisboa se separaron Oliveira y D. Quijote, no sin proponerse aquél no perder á éste de vista, para saber por donde resultaban sus descabellados propósitos.

Sucedió en aquel entonces que la Princesa Beatriz, hija del Rey y heredera de la corona,